



LITERATURA

MIQUI OTERO

Ardillas con amigos invisibles

Por Laura Fernández · Foto de Paco y Manolo

Suelta la chapa de su cerveza con un abridor en forma de guitarra y dice que fuma mucho cuando escribe y que cuando era niño escribió un cuento sobre un fantasma dandi que nunca asustaba a nadie porque estaba más preocupado por el color de su sábana que por los gritos de la gente. “Debía tener siete años”, dice. Por entonces escribía un cuento cada día. “Era como un juego. Cada mediodía tenía que escribir un cuento entre la una y media y las tres”, recuerda. Luego metía sus cosas en la mochila y se iba al colegio. “Así que las comparaciones con Francis han sido constantes desde niño”. Francis es Francisco Casavella, su primo, de ahí lo de las comparaciones desde que era un crío. Quizá por eso Miqui Otero, el chico que acaba de abrir una cerveza con un abridor en forma de guitarra, llevó lo de su novela en secreto hasta

el final. “Me sentía más seguro no contárselo a nadie, así si luego no funcionaba, la tiraba y ya está”, dice. Pero funcionó. La historia de Tristán, un viejoven al que nadie ha dado todavía una razón para mudarse definitivamente al planeta

PIPED MUSIC

Squirrels and their invisible friends

He eases the top off his beer with a guitar-shaped bottle opener and says he smokes a lot when he's writing. When he was a child, he wrote a story about a foppish ghost who never scared anyone because he was more concerned about the colour of his sheet than about making people scream. “I must have been seven,” he says.

Back then, he'd write a story a day. “It was a kind of game. Every lunchtime, I made myself write a story between 1.30 and 3pm,” he remembers. Then he'd put his things in his bag and go back to school. “So there have been similarities with Francis ever since I was a boy.”

Francis is Francisco Casavella, his cousin, hence the comparisons since he was a kid. Perhaps that's why Miqui Otero, the guy who's just opened his beer with a guitar-shaped bottle opener, kept his novel a secret right until it was finished. “I felt safer not telling anyone, so if later it didn't turn out, I could just chuck it away,” he says. But it did turn out.

The story of Tristan, a young foguey, who has yet to be given the excuse to decamp definitively onto the planet of the adults, came together while ensconced in his 'abducting' sofa (“no honestly, this sofa was incredible, it really abducted you,” explains Miqui) in the flat which the writer shared with three friends on Junta de Comerç.

All the pieces for the story came together in New York, one summer, “when I got up every

“NO ME GUSTA EL CINISMO, CREO QUE ES EL CÁNCER DE NUESTRA GENERACIÓN”

de los adultos, se fraguó durante años en el sofá abductor –“No, en serio, ese sofá era increíble, te abducía realmente”, aclara Miqui– del piso que el escritor compartía con tres amigos en la calle Junta de Comerç. Pero todas las piezas acabaron de encajar en Nueva York, un verano, “en el que me levantaba cada día a las seis y escribía durante más de tres horas antes de ponerme en plan turista”. Escribía y tomaba un café tras otro, mientras en Villa Verano, el parque temático de *Hilo musical*, la novela, Tristán compartía copazos de Magno con Inocente, el Capitán Nemo de la historia, una vieja gloria que, además de demostrarle a Tristán “que no todo está en los libros”, repasa el tardofranquismo desde una perspectiva pop. “Desde el primer tío que se compra una guitarra en una base naval hasta la llegada del hip hop, la historia de España está, pero de una manera diferente”, aclara Miqui. El choque generacional es intencionado, aunque tampoco lo es tanto, porque Tristán, como el propio Miqui, ya se sentía viejo a los once años. “Recuerdo que miraba a los críos más pequeños en el colegio y pensaba: ‘Qué viejo soy’. De ahí viene lo de viejoven”.

Fan de lo *pulp* hasta adorar el cliché, Miqui quiso escribir desde el principio una novela clásica. “Una novela española normal y corriente, inocente.

No me gusta el cinismo, creo que es el cáncer de nuestra generación, de la misma manera que el malditismo lo fue de la anterior. Para todo hay un camino de ida y vuelta, no se puede estar de vuelta sin haber ido a ningún sitio”, sentencia el escritor. Luego le da un trago largo a su cerveza y añade: “No me da miedo el cliché, me gusta que los besos sean impresionantes y que las mujeres sean neumáticas”. Por eso en su casa, Kingsley Amis, Kurt Vonnegut y Richard Brautigan comparten estantería con delirantes joyas del *pulp* español como *Agente sí, pero de seguros*, *Mellizas mortales* o *Cuatro millones de años en globo*. “Esos libritos me flipan, te hacen pasar un buen rato y punto. La trascendencia está muy bien pero lo importante es empatizar y hacer la vida más llevadera a la gente”, dice. En otras palabras, ser honesto. “No quería aparentar lo que no soy, sé que la apuesta por la inocencia es un riesgo, pero quería correrlo”, dice. Porque Miqui nunca ha trabajado en un parque temático, pero sí ha pasado todos los veranos de su infancia y adolescencia en Galicia (la Galicia fantástica de Villa Verano), en un pueblo llamado Mondoñedo, “en el que había un tipo que se disfrazaba de mago Merlín y amenazaba a los vecinos con echarles un conjuro si no les daba sus libros. Al tío le fue tan bien que montó

day at six and wrote for more than three hours before doing the tourist stuff.” He would write and drink one coffee after another, while in Villa Verano (Summer Town) the theme park of his novel *Hilo Musical* (Piped Music), Tristan shares outsized *copazos de Magno* with Inocente.

Inocente is the Capitan Nemo of the story, a rackets character who as well as showing Tristan that “not everything is in books”, relives the final years of the Franco regime from the perspective of pop. “From the first guy to buy a guitar on a naval base to the arrival of hip hop, Spanish history is right there, just in a different way,” explains Miqui. The generational clash is intentional although it’s actually not that strong, because Tristan, like Miqui himself, already felt old at eleven. “I remember looking at younger kids at school and thinking ‘Wow, I’m old’. That’s where the young fogey element comes from.”

A fan of pulp and lover of cliché, Miqui wanted to write a classic novel from the start. “A normal, up-to-date, guileless Spanish novel. I don’t like cynicism, I think it’s the cancer of our generation in the way that a feeling of impending doom was in the previous one. Everything in life is a round trip, but you can’t come back if you haven’t gone anywhere first, the writer muses. Then he takes another deep draught on his beer and adds: “Cliché doesn’t scare me, I like kisses to be passionate and women to be pneumatic.”

That’s why in his house, Kingsley Amis, Kurt Vonnegut and Richard Brautigan share a bookshelf with such way-out gems of Spanish pulp as *Agente sí, pero de seguros*, *Mellizas mortales* or *Cuatro millones de años en globo*. “I’m crazy about those books, they give you a good time, period. Transcendence is great but the important thing is to empathise and make life tolerable for people,” he says. In other words, to be honest. “I didn’t want to come across as someone I’m not, I know that going for naivety is a risk, but it’s one I wanted to take.” he says.

Miqui has never worked in a theme park although he did spend all his summers as a child and teenager in Galicia (the fantastical Galicia of Villa Verano) in a town called Mondoñedo. Living there is “a guy who would dress up as the wizard Merlin and threaten to cast spells on the locals if they didn’t hand over their books. This guy did it so well he set up a book shop.” There was also the King of Tarts, who’s more or less the King of Tarts in his novel. “The guy goes to food fairs and takes lost children over to his stall so they can say his name over and over through the megaphone. He ends up making a museum of photos of him with famous people. He’s got more than four hundred. Photos with Torrente Ballester, Barbara Rey, and Mayra Gomez Kemp. Fabulous,” says the writer, who more than anything had wanted to write an adventure story, “which would shape the protagonist’s emotional development”. In the style of *Treasure Island*, without losing sight of the humour.

English influence is there in spades. “Structurally, the novel is very Kingsley Amis, but also very Saki and Wodehouse.” And what about the Piped Music of the title? “Well the protagonist’s life is a bit like a song you’d hear in a lift, there in the background the whole time but you don’t pay it any attention. Until what happens, happens. And what does happen? Think of squirrels with invisible friends and polar bears which are in fact guys dressed up and hired by Villa Verano, that limbo in which, like the marvellously decadent world of *El Prisionero*, anything is possible.

una librería”. Y también estaba El Rey de las Tartas, que es más o menos el Rey de las Tartas de su novela. “El tío se iba a las ferias gastronómicas y se llevaba a los niños perdidos a su parada para que dijeran por megafonía su nombre todo el rato. Ha acabado haciendo un museo de fotos suyas con famosos. Tiene más de cuatrocientas. Fotos con Torrente Ballester, Bárbara Rey y Mayra Gómez Kemp. Delirante”, cuenta el escritor, que sobre todo ha querido escribir una novela de aventuras, “iniciática, que construyera la educación sentimental del protagonista” al estilo de *La isla del tesoro* sin perder de vista el humor. Inglés, por cierto. “En la forma, la novela es muy Kingsley Amis, pero también muy Saki y muy Wodehouse”. ¿Y qué hay del *Hilo musical* que le da título? “Bueno, la vida del protagonista es un poco como una canción del hilo musical, que está ahí, de fondo, todo el rato, y a la que no le prestas atención” hasta que ocurre lo que ocurre. ¿Y qué es lo que ocurre? Piensen en ardillas con amigos invisibles y en osos polares que en realidad son tipos disfrazados y contratados por Villa Verano, el limbo en el que, como el mundo maravillosamente decadente de *El prisionero*, todo es posible.

Hilo musical de Miqui Otero está publicado por is published by Alpha Decay www.alphadecay.org